

La librería de paso como género dramático

Max Ramos

Librerías “de usado”, “de lance”, “de viejo”. Prefiero librerías “de paso” por dos razones. La primera, porque en estos espacios usualmente se tiene un solo ejemplar de los títulos exhibidos, y al paso, hay que llevarlo. Segunda, existen los hoteles de paso, sitios de reposo y gozo donde el cuerpo es deleitado por otras manos, en el mejor de los casos; lo mismo pasa con los libros ya leídos, son cuerpos textuales amoldados por otro lector. Recordemos la espera de Emma Bovary, en la posada de Rouen; ella, la mujer de otro en brazos de un joven pasante, León. Los amantes furtivos al paso dejan sus propias huellas.

Las librerías de paso pueden resguardar desde un incunable (impreso antes de 1500), hasta lo neoédito (impresos en este momento). Suelen ser la genisá, depositario del objeto ritual de la lectura; también genisá para lenguas muertas como el arameo, el cónico, el latín. Entonces la librería de paso, mientras no llega el lector, es museo río, en espera de la mano lectora que lo haga afluyente.

Hay una tercera razón para llamarlas librerías de paso. En ellas se testimonian oficios adyacentes: el desarrollo de la imprenta, la industria del papel, las travesías del editor y los sellos editoriales; la traza de fuentes tipográficas, los artistas del grabado, de la litografía, la brújula para saber dónde se establecieron sus talleres de impresión. Es decir, el libro documenta el paso de muchos oficios.

Librerías de paso. En ellas, entropaño por estante, se cuadrametra la vida cotidiana del lector a través del tiempo: la huella de qué leía, el énfasis de temas de interés, las ideas prevalentes de cada época.

Las librerías de paso pertenecen al género teatral porque son escenarios que recogen la historia de los hombres puesta en sus objetos, en materiales cotidianos. Veamos la sala de estudio en una casa: con los libros también está el busto en bronce de Hegel, el abrecartas de caoba, el secreter del siglo XVIII. Lo digo así: para un libro, necesitamos un estante; un lector requiere de su silla; la lectura pide su lámpara; a la mesa de trabajo le viene bien una taza de café y una pluma al lado para mezclar las ideas. ¿Qué pasa cuando este escenario doméstico se desmonta? Los muebles se van a una tienda de anticuario o al mercadillo; los libros, a la casa de subasta o a la librería de paso. Estos modos de venta ahora pueden ser por plataforma digital y llegar de forma directa a su nuevo propietario. Algunas veces quedan los objetos y muebles en manos del librero de paso porque en su travesía ha conocido a muchos clientes que ahora le venden los libros junto al menaje. Un ejemplo, los deudos, al pasar las hojas de un ejemplar, mientras reflexionan sobre qué hacer con la biblioteca del recién fallecido, encuentran un separador, una hoja volante, y les da luces de la librería donde pueden vender la biblioteca. Entonces hacen la llamada:

– Buenas tardes, ¿estoy llamando a la librería Papeles Muertos?

- Así es, habla con su propietario, Librorio Polillas, dígame.
- Soy la señora Sepia de la O. ¿Ustedes compran libros? Tengo unos ochocientos o quizá mil trescientos libros. No sé. Están en perfectas condiciones. Debo vaciar el departamento. Separé los que me quedo. No me puedo llevar todo.
- ¿Qué temáticas predominan? ¿El material está en libreros o en cajas? Si no vive en planta baja, ¿hay elevador? ¿Podemos hacer una selección o quiere venderlos todos? ¿Preferiría que los viéramos un fin de semana, cuando hay menos tráfico?
- Hay de todo. El abuelo tenía muchos intereses. Aún están en sus libreros. Mire, me gustaría que se llevara todo. Le doy mi dirección. Venga mañana. Me urge. ¿Por qué pregunta si están en cajas o libreros?
- Por el tiempo de maniobra para saber los contenidos. Revisar mil trescientos libros extendidos en su librero me llevará media hora; esos mismos, en cajas, dos horas. La veo mañana. Buena tarde.

Si entramos en la sombrerería de antiguo, veremos entre el acumulado de sombreros, boinas y tocas, diversas modas en tiempo, lo variado de entre muchas latitudes, los materiales al uso en su confección. Si somos reflexivos, vemos en esos atuendos reminiscencias de quien los portó, viajamos en una especie de turismo de nostalgia. Podemos ver sólo sombreros viejos, también; eso acusaría guardia baja en nuestra agilidad mental, desgano por la historia.

Las librerías de nuevo son liebres de papel en huida, tienen la urgencia de lo recientífero: tengo ese mismo sentimiento cuando estoy frente a la vidriera de la pastelería y retiran la tarta que estoy viendo. A diferencia de las de paso, aquéllas, son de galope. En décadas recientes hubo libreros de nuevo que extendían su servicio a mate-

rial de usado; una de ellas, la librería Eureka, en Avenida Universidad, donde nace Gabriel Mancera, en Coyoacán, en la planta baja del Cine Pecime, que cerró sus puertas por el dos mil dos. Librerías como El Péndulo a veces tienen un estante con libro viejo, de uso, de paso; lo hacen por extender sus servicios al lector, no por asomar la nariz en el mercado ajeno. A su vez, las librerías de paso necesitan del libro nuevo con el afán de dar un servicio extra.

Pareciera que las librerías de paso son un mal necesario. Las editoriales que han producido el libro, si es que existen, no ven ganancia en los materiales que ya fueron vendidos al primer lector. El librero de usado les representa una rémora que no paga derechos de traducción, composición editorial, prima a los autores, ni el mínimo centavo en publicidad. Se les olvida que eso ya fue absorbido en mucho por el primer cliente. Viven más en la novedad y muchas veces no reeditan su propio catálogo. Aunado al galope desbocado que exige la mesa de novedades, tanto editor como librero de nuevo se convierten en los primeros biblocidas. Entonces entra en función el mercado de segunda mano. Por eso vemos que junto a la Feria del Libro de Palacio de Minería, a su costado, surgen los incipientes tenderetes, que después cobran mayor presencia, los libreros de viejo, buhoneros de paso, en el callejón Condesa.

Las librerías de segunda pueden ser de nuevo o de usado. No es el paso del tiempo en el libro y su uso lo que determina el rango de una tienda. Hay librerías de novedades que pueden ser de tercera. Eso, creo, lo determina su selección, su cordialidad en el servicio y el acervo.

Soy Max Ramos, llevo 20 años vendiendo libros. Debo presentarme, soy parte de los personajes que desfilarán en las siguientes líneas; librero tópico, es decir, en el cómodo lugar común, siendo parte de la mayoría. Sin abolengo libresco, sin jactancia sobre el peso mental de los libros acumulados. Debo hablar de mí. Para ser modesto hay que darse al reflector y poco a poco hacer mutis.

Una librería son estos sumandos: el librero, su acervo (los títulos que quiere, los que tiene, y los que tendrá, bajo la presión que el lector le exige); sus lecturas sumadas a las lecturas platicadas; su carácter, la memoria y, por supuesto, buenos gramos de paciencia. De aquellos primeros días, el no saber cómo tasar un lote de libros o una biblioteca en el momento en que se presentara, me sarpullía zozobra; era como mirar un tren lleno de libros con sus vagones descubiertos atravesando una tormenta; es decir, me sentía en *Una soledad demasiado ruidosa*.

En el invierno del año 1999 fundé una librería. Colonia Condesa, Ciudad de México. Barrio clase media alta. Avenida Mazatlán, de largos camellones. Local de cuarenta metros cuadrados. ¿Por qué ahí? Porque había vecinos a los que les interesaba el libro y tenían un excedente en el bolsillo para comprarlo; algo, algo me indicaba que, a la vez, podría adquirir buenos materiales con la gente del barrio. Mientras firmaba contrato, desde ahí veía cómo reaccionaban los conductores en los treinta segundos que duraba el semáforo en rojo. Sí, les alcanzaba el tiempo para girar la cabeza al tercer local cerca de la esquina. Entonces puse la rúbrica sobre el papel.

Me olvidé de los años de oyente en la carrera de Literatura Dramática, en la Facultad de Filosofía y Letras, de donde salí más confuso, con menos tablas sobre el quehacer teatral, participando en ensayos, puestas en escena de seis meses, luego, temporada de cuatro funciones nada más, donde iban los amigos y, al final, había más actores en el escenario que espectadores en butacas. Alguna compañera actriz hará de colaboradora cuando no tenga función en puerta, ensayo para una puesta en escena.

Retrocedo a esos primeros días donde el epíteto de librero era demasiado grande, deslizo más en lo discreto para dejarlo en la siguiente escena.

Dos carpinteros fijan los libreros a los muros. El pino de la madera recién barnizada aroma el espacio. La mirada puede detenerse entre los estantes aún vacíos.

La mudanza ha traído trescientas cajas que deben sumar unos seis mil libros; han viajado desde el barrio de Tepepan, en Xochimilco. Es la biblioteca del librero en ciernes, más cargada hacia la literatura, poca filosofía, escueto el acervo sobre historia de México, uno que otro libro técnico, una docena de libros de arte, paquetes de revistas literarias y suplementos culturales.

Los carpinteros hacen una pausa entre taladro y taquete para tomar sus alimentos. Mientras dan bocado dicen:

Sacaclavos: ¿Cuánto le cobraste por todos los libreros? Porque ha sido una chinga, ¿eh? Lo bueno es que nos la aventamos en semana y media.

Fijatuercas: Fueron sesenta grandes: treinta mil en material y treinta en mano de obra. Dame un poco de refresco.

Sacaclavos: Pues, ojalá y los recupere porque a mí se me hace que además de ser una vida muy pinche aburrida la de estar entre tanto papel, nadie compra libros ni para limpiarse la cola. Además, dicen que Internet ya te traduce la Biblia al zapoteco.

Fijatuercas: Mira, quizá le pueda ir bien, tiene 29 años, se ve que lee mucho; si no, mírale esos lentezotes de rata vieja que se carga.

El librero entra como fantasma sin que lo noten los carpinteros. Desliza el paso sobre el cuché del piso. Muros de tono pergamino. Ve las tablas cepilladas, los cortes, la altura del entrepaño, lo largo de cada estante. Franela en mano, mientras pone precio a sus materiales, recuerda un poco de su vida. Ha estudiado en diferentes internados. Primero, en Casa de Pobres, regido por monjas donde sin quererlo hizo voto de silencio; se convirtió, entre rezos de mañana y noche, experto en monosílabos. Luego, la pubertad lo llevó a otro internado comandado por militares donde ejercitó aún más el silencio, músculo de la inteligencia. En ambos sitios encontró el mejor refugio: las bibliotecas, sitios

donde el polvo es la memoria del tiempo. En un país que ve a los lectores como topos raros, las bibliotecas se volvieron su trinchera. Soy hijo del Estado, el oráculo indicaba que podría llegar a ser un buen obrero. Como tal, un poco por aburrimiento, empecé a quitarle el polvo a aquella biblioteca porfiriana que nadie visitaba. Cambié las bombillas como pude. Usé cubeta y trapeador; después de mucha agua chocolata, pude tener los pisos limpios. Por aburrimiento abrí uno de esos tabiques de aquella, mi trinchera, leí un párrafo que se volvió capítulo, *El libro Rojo*, y supe de asonadas, traiciones y matanzas en el México anterior al siglo XIX. Los otros, los autores, eran mis yo multiplicados. Así comenzó la historia de un obrero que torció el camino. Desde entonces eso me ha hecho pensar en que, como librero, soy un impostor. Pero volvamos –no nos alejemos– a esos días previos a la inauguración de aquella librería.

Los carpinteros recogen sus platos de plástico. Luego sus herramientas. Se marchan. Los vecinos husmean. Unas voces se escuchan desde la calle:

Agorera Uno: ¿Qué negocio será? Puede que una panadería, ¿no?

Agorera Dos: No, mira, son libros. Tienen un cartelito para el sábado, su inauguración. ¡Qué ternura! Casi en el siglo XXI y no les han dicho a los libreros que en ocho meses desaparecerán los libros.

Agorera Uno: ¿Librería? ¡Pobres! Ojalá pongan una mesa con tortas porque de los libros nadie vive. Pero, tú, si hay vinito, pues el sábado venimos, seremos el horal y el minuterero. ¡Ah, sí!

Agorera Dos: ¡Claro! La suerte está echada. Habrá fiesta en el jardín de enfrente. Vámonos.

Ahora en esta Librería El Hallazgo, el librero mira las luces en cálido y piensa que éstas le dan intimidad al local; con ello, en algo suple lo austero de su cordialidad. Tres bancos sirven de descanso y escalera. Él reflexiona

mientras aprecia los materiales. Del lápiz, lo que más usa es la goma. Duda en el precio para la edición con planos de *Casa tomada*, pocas veces visto en venta en su bibloerrancia de ciudad. Eso, lo infrecuente que ha pasado por sus manos tendrá mayor valor, por lo menos hasta que llegue otro ejemplar y le quite la intensidad de gema única.

Sobre la certeza de cómo algunos libros son eludíferos, los recorridos de ocho horas en promedio son su testimonio. Porque ha volado de norte a sur, desde el tianguis de Los Tinacos de Santa Cruz hasta el de La Naranja en Azcapotzalco; del tianguis de San Felipe hasta Las Torres en Tulyehualco; pendiente de los remates editoriales; la venta de saldos en Ciudad Universitaria entre UNAM y FCE; los descartes de bibliotecas en la Benjamín Franklin, en la calle de Londres, barrio de la Juárez o el Instituto Goethe, en la colonia Roma; también las ventas de garaje en las casonas de Tlalpan, en el barrio de San Ángel. La suela del zapato ha leído las líneas de la ciudad, donde el semáforo en verde es punto y seguido, el claxon, signo de exclamación, y una calle desconocida, puntos suspensivos.

Mientras en uno de los estantes superiores dovela los libros de arquitectura y pone clave, al centro, el tratado de George Kubler, entra un hombre sorteando cajas llenas y vacías, en desorden, a punto de tirar una pila de libros con nota, en turno para su colocación, pregunta:

Comprador Uno: Oiga, ¿de casualidad tendrá las obras completas de Max Salazar, “El poeta del Crucero”? Era aquel señor que acicalaba las greñas al verso. Mire, uno de sus poemas es éste: “La morena Libia”:

*es tan ardiente,
que hasta la tibia
tiene caliente.*

Librero: No, señor, pero como tocayo de Max Salazar le puedo conseguir el libro del humilde poeta Margarito Ledesma. Lo busco y el sábado a

las siete de la noche, que es la inauguración de la librería, se lo tengo. Ahora escuche su versada:

*Tus ojos son dos globos de topacio,
que se ven relumbrar desde muy lejos
y que echan resplandores y reflejos,
cual la iluminación de algún palacio.*

Comprador Uno: Me interesa. Paso el sábado, sólo que a las cinco. No se le olvide.

La tinta alegre con su primer pedido. Mientras vuelve al acomodo de materiales, recuerda cuando merodeaba por las bibliotecas mayores de la Ciudad de México, la Ciudad Tinta, se dice. Un día encontró 20 ejemplares de *Explorations of Mount Alban*, de Leopoldo Batres, de 1902, y los cambiaba por *La muerte de un viajante*, en la edición escolar de Losada. Un maestro de la ENAH le dijo: –El Batres es raro, la suerte es un diamante que uno debe evitar convertirlo en carbón–. Entonces el librero se dice para sí mismo: Además de tasar un libro por su infrecuencia, la fortuna de encontrarlo dos veces, más que coincidencia es afinadura del olfato. ¿Cómo saberlo? El tiempo lo dirá.

Recuerda el diálogo en el camellón de Álvaro Obregón, en la colonia Roma, cuando en una de las tantas ferias de libro –desde 1997 las realizan Paco Ignacio Taibo II y Paloma Sáiz–, dos sabuesos del papel se enfrascan en la plática:

Luis Chumacero: ...como cuando alguien que presume ser lector, te ve con tus tres tomos del *Diccionario Crítico Etimológico* de Corominas y te dice: –¡Qué buena suerte tienes, Luis!, ¿dónde te lo encontraste?–. Le contestas: –Fíjate que de forma inusual, en una librería. Para ser preciso, en La Torre de Lulio–. Sabe, señor Cruz, es pérdida de tiempo decirles que no es casualidad, que lo cotidiano en la vida del lector es educar el ojo para, incluso al paso por un

puesto de libros, con sólo ver el lomo o sello editorial, uno sepa de qué autor se trata o a qué obra se refiere.

Cruz Benítez: Sí, señor Luis, cuánta razón hay en sus palabras. En días pasados fui al costado de la Biblioteca México, con un librero chileno-mexicano, con el mote de “Pancho Relámpago”. Ahí he encontrado libros que he buscado desde hace tiempo y a precios muy accesibles. El ojo apunta, es verdad, sobre los lomos de los libros, ubicando el logotipo negro o blanco con las letras JM, de Joaquín Mortiz. ¡Qué satisfacción cuando uno los obtiene! El joven Pancho sabe mi gusto por los primeros títulos de ciertas editoriales. En el supuesto de que tenga varias colecciones dicha casa, como ocurre con lo editado por Díez-Canedo; de sus cuatro colecciones de literatura, me falta el primer libro de poesía, en *Las Dos Orillas*, claro, en su primera edición... ya lo encontraré.

Luis Chumacero: ¿*Salamandra* de Paz?

Cruz Benítez: Así es. Quizá el personaje al que usted aludió hace un momento, llama suerte a lo que, salvo mejor opinión, nosotros sabemos que es constancia. Es decir, la casualidad es un recorrido de varias horas, digamos, tres veces a la semana por librerías de la ciudad.

El librero piensa que *la pura casualidad* es el encuentro de líneas que se buscan, a veces sin manifestarlo, y cuando se tocan se vuelven *certeza pura*. Preguntar por la existencia de un *Kamasutra* con fotografías al natural, en la librería de Sociedades Bíblicas y que lo tengan, parecería una pifia tanto del que lo busca como del que lo tiene en dicho sitio. Mas no, puesto que uno busca un libro y el otro los vende. El que busca un *Kamasutra* no entra a una carnicería. Aunque bien sabemos que dicho libro es un tratado de la carne.

Disculpe lector, debo volver a diciembre de 1999, a unos días de inaugurar el espacio, a ese tiempo donde las vacilaciones eran la constante en la clasificación de los materiales: Dónde poner el par de documentos con la rúbrica de Iturbide, los cuadernillos en octavo con ilustraciones de Posada, el álbum fotográfico mostrando las secuelas del sismo en la ciudad de Oaxaca en 1931; dónde estos libros-talonario de facturas, del Maravatío de los años veinte. No previne armar unos cajones para la colocación de documentos antiguos, los grabados, las carpetas con litografías.

He conseguido en una venta de garaje la caja registradora que servirá a medias –lo eléctrico no le funciona– para guardar el dinero. Del lote donado por un amigo, he dispuesto el libro florete, de medio uso, como cuaderno de ventas. Unos carteles de propaganda de la novela *Desgracia*, sirvieron para imprimir por el revés, en forma de separadores, poniendo con un sello la información de la librería. El teléfono de baquelita, de disco, me ahorró unos pesos. La cafetera eléctrica, de edad fatigada, con su mal de gota servirá su primera taza de café y, ¿por qué no?, con disposición para invitarle a algún cliente.

De manera natural, la librería de paso se arraiga al barrio como de largo tiempo. Los objetos viejos y de segunda vuelta al uso, con su pátina, van tomando su lugar. Así entró un lunes por pie propio un maniquí de dama con sombrero, se colocó al costado del estante más alto de la poesía, como leyendo los títulos de Aleixandre, Alberti y Martín Adán. Luego, con sus cuatro patas, la vitrina clásica Antique, de caoba; discreta, tomó su lugar en un pequeño hueco, diciéndole en susurro al librero: Estoy para resguardo de tus primeras ediciones. Él acepta mientras piensa: Habrá un buen Cruz Benítez, nunca se sabe, que quiera dar un vistazo. Ahí también pondré el María Moliner y un Santamaría de mejicanismos, por si un día se aparece un Chumacero.

Este lugar es para aquellos libros que vienen del manoseo en una peluquería, de la batalla en los pupitres del colegio; traen signo de fatiga por el zarandeo en carromatos de eje vial, y que antes de ir al depósito de papel reciclado, ¿quién quita?, serán dados a trasmano, por unos pesos, al librero. Acá llegan los que estuvieron en el departamento de soltero con quemaduras de cigarro en su cubierta; del océano olvido, casa de una viuda, donde fueron altar por algunos años en memoria del finado. Estos lugares son las librerías de paso. Hay que mirarlos en su casa momentánea. Llegan con la sutura de heridas mal curadas con cinta adhesiva, así como la cicatriz en la mejilla del librero subraya un accidente de portada. Sí, como el tacón de un zapato en el gaste por sus ires suele ser la relectura del camino, así un libro sin puntas, deshojado, es una historia que, a su vez, se encuaderna en quien lo ha leído. En este lugar, el doblar en la página al interrumpir la lectura, no necesariamente es descuido del lector, sino pausa para pasar en limpio el pensamiento. La anotación del erudito al calce de la hoja es el consejo en la oreja del autor.

Aquí también hay los libros vitalicios, orondos, que sólo vinieron a ocupar un lugar en el espacio y morirán sin ser leídos, *porque también mueren los libros, aunque nadie parezca aperebirse del olor exhalado por tantos volúmenes corrompiéndose lentamente en sus nichos*, tal como algunos hombres, hojerío de cháchara y perica, abotagados de ruido, que no más palean en el vacío. Otros libros, las enciclopedias, se volvieron detritus de la muchedad en la fosa común del siglo veintiuno, donde el mundo de lo breve wikilee.

El librero debe darse prisa, pasado mañana, 11 de diciembre, sábado, deberá cortar el listón de la Librería El Hallazgo. Aún faltan unas diez cajas por colocar. Se pregunta si aún debe guardar los doce tomos encuadernados del semanario *Proceso*, ahora que el periodismo de gran aliento ha dado paso a una especie rara de ocho columnas en chiflido tipo tuit. Separa la decimonovena edición

de *Poesías*, de Margarito Ledesma y se sonrío. Alguien le interrumpe, y con un diablo desde la acera, le da voces:

Vendedor Uno: ¡Oiga, joven, traigo diccionarios y enciclopedias!, ¿los compra?

Librero: No, prefiero libros de literatura o de historia. Algunos de filosofía, también, pero no enciclopedias, éstas me ocupan mucho espacio.

Vendedor Uno: Mire, éstas están en perfecto estado, casi nuevas, ¡ánделе!, ¡ánímese!

Librero: Mire, aunque comienzo en esto de los libros, sé que las enciclopedias antes las compraba la gente por dos razones principales: para lucirlas en la sala o en el despacho, o como proyecto educativo para cuando los hijos crecieran. Quizás como endilgando obligaciones que los compradores no tomarán. A decir verdad, no quiero arriesgarme con lo que usted me muestra.

Vendedor: Óigame, no; estos materiales han sido leídos de cabo a rabo.

Librero: ¿Entonces a usted nunca le ha surgido duda de por qué la H es muda, y sabe todo de la I, incluyendo la ignorancia?, porque el tomo de la H-I viene con su envoltura.

Vendedor: ¡Pinche grosero!, si no quiere comprar quite su letrero de "compra-venta", ¡ja! ¡Desgraciado!

El acto, una vez que el vendedor se ha retirado, lo abate en su incipiente carrera. Se dice: El mercader de ideas encuadradas debería ser anfitrión del diálogo, más oído, menos boca. Por un momento dejo este presente.

Se aleja hacia el futuro, ese otro presente para, con mayor soltura, pensar en 18 años más tarde, es decir, el hoy de tantísimos materiales. Piensa en las veces que se ha doblegado al pedimento del lector interrumpiendo lo que lee, al grado de sentirse bajo vigilancia por un supuesto

bibliófilo que le impide llegar al término de su lectura. Está al servicio de los otros, sujeto a la inopia de tanto paginar del cual tiene antojo. ¿Cuándo comenzó en secreto esa otra lectura soterrada?, la de leer lectores. Si los libros sirven además de para leer, para poner en práctica nuestros sentidos, como el olfato, lo táctil, las personas son entonces esos otros libros donde podemos (h)ojearnos en esos libretos-espejo, o para nadar en experiencias no vividas.

Se me volvieron los humanos alfabetos de primera necesidad. Con ese lejano vendedor al que no le compré, comenzó mi práctica secreta: miré el tomo H-I de una enciclopedia caduca y en desuso. Quizá para él fui *Compendio de Discolería*. Alguna vez, el librero se acercó a una chica contemplativa, silenciosa, que se deslizaba por los pasillos de la librería. Mientras le ayudaba a buscar *Elogio de la sombra*, le dijo: –Usted es *El budismo*, de Conze, un breviario del FCE–. En otra ocasión, a un hombre que entró dando voces, apurando a su mujer porque según ya iban con retraso, lo atajó: –Con todo respeto, usted entra y suelta tanto grito en este sitio, que estoy seguro que usted inspiró al personaje de *Don Instante viaja a Tartaruga*–.

Ahora, en este diciembre de 2019, pienso que quizá fueron las tres pelucas y un sombrero que años atrás me atreví a comprarle a una mujer en su venta de garaje y que me dio de pilón, unos vestidos de los años veinte. O las cazuelas de barro que compré en los edificios Condesa, casi al salir de ese departamento, junto a una caja de libros, y que todo ello hubo pertenecido al pintor Gonzalo Ceja. O las cinco cámaras Kodak Retina IF, que le adquirí al contador González en la calle de Antonio Sola. El conjunto de objetos, todos ellos, dieron al espacio su escenografía. Que a la primera pregunta, ¿y este perchero, lo vende?, desencadenó un *claro que sí, cuesta cien pesos y le hago su descuento*. Entonces el decorado formaría parte de la vendimia.

El vaso de boca desportillada, de la otrora cantina El Quijote, calle de Cozumel esquina Puebla, dará servicio

de lapicera; si uno se detiene y mira a través de su cristal puede adivinar el reflejo de un viejo bebedor, bien un Eusebio Ruvalcaba o un Ignacio Helguera.

Este sombrero estudiante de carrera de teatro en el que me convertí intentaba, con el acomodo de objetos entre los libros, darle un poco de lustre a su desastre de actor. Cuántas noches despertaba en la oscuridad de su habitación ahogando un grito, por haberse suspendido la función a la que él, siendo del reparto, no había llegado. La librería era un acomodo escenográfico a su medida, donde los lectores quizá fueran personajes. A su vez, no tendría empacho en que su posición de director de escena cambiara ahora a la tramoya y luego, ¿por qué no?, a la noble tarea de acomodador de espectadores, a cada cual en cada tema.

Al acto simbólico de colocar el primer texto invitó a una amiga actriz, que hizo las veces de colaboradora. Para la inauguración, ella debía llegar en papel de Antonieta Rivas Mercado; pondría un libro en Biografía Mexicana como si fuera la primera piedra: *Cartas a Manuel Rodríguez Lozano*, SEP-Setentas, para después perderse entre los presentes. También invitó a un amigo actor caracterizado de arcángel, que participaba en una obra de Carlos Solórzano, "El sueño del Ángel". En dicha representación, trata de la lucha que mantiene un ser alado con la mujer a la que protege y la cual ha tenido un momento de debilidad.

"La Colometa", también compañera de la escuela de teatro, le será de gran ayuda estos primeros meses, una vez que el día de pasado mañana inaugure la librería. Ha comprado 24 botellas de vino tinto, quesos y aceitunas.

Dejo reposar en la salmuera del tiempo aquellos días previos a la inauguración. Pienso con mayor soltura que, además de servir a los lectores, el librero se vuelve depositario social de lo que otros ya no quieren o no pueden tener, o ambas razones. Ahora la perla de sudor de la inexperiencia se ha convertido en el barniz de la constancia que

lanza sus propias conjeturas. Por ejemplo, cuando compro una biblioteca, tengo la sensación de asistir al desahucio de un lector. Al acordar la compra, bajo los libros de sus entropaños para luego mirar la estantería sin sus tomos, poblada de silencio: mortaja llana, morgue sin volumen.

Mas son sólo acomodos de la tierra; es decir, un sis-mo; natural e innúmeras las posibilidades por las que una biblioteca o un lote de libros cambia de manos. Acotemos sobre estos desplazamientos:

- **Mudanza geográfica**, donde se reduce la biblioteca porque el cambio será de casa a departamento; o por el peso, cuando se va de ciudad a país. En tales casos, el escarde se vuelve algo natural en lo que decide preservar el lector (aquí cabe señalar que hay cierto eufemismo en nombrar lector a aquellos que son llanamente coleccionistas).
- **Mudanza trágica**, donde se pierde nuestro acervo (de patria a exilio, de hombre libre a preso).
- **Mudanza de oficio o de placer**, Gilberto, el libre-ro y corredor de arte se regresa a Monterrey y no desea, una vez más, llevar su biblioteca; además, su nuevo oficio, diseñador de hoteles, le abre nuevas perspectivas. Las coordenadas de interés de un abogado, por ejemplo, pueden virar a nuevos rumbos. Si un día fueron materia de su biblioteca los libros de derecho, puede abandonarlos de tajo, para bucear en la ciénega de la novela policíaca.
- **Mudanza económica**, cuando el desempleo hace estragos y el lector echa mano de una parte de su colección; o cuando enferma, y a letra postrada, la cura se cubre con todo lo leído; o la suma de nues-tras adicciones merma el bolsillo: la grapa diaria, los doscientos gramos de cannabis.
- **Mudanza sentimental**, cuando termina mal una relación de pareja y algunos de los dos prefiere

malbaratar los bienes lecturinos del otro, con tal de fastidiarlo.

- **Mudanza de mala maña**, el robo del tiraje completo de *El Quijote de la Mancha*, en la edición conmemorativa por los quinientos años, cuando viaja por carretera, cuando el rayo de sol se convierte en perla sobre la frente del patrullero amodorrado; los 600 libros que en promedio desaparecen del pabellón de editorial Paidós, en la Feria de Guadalajara, a manos de los farderos.
- **Mudanza natural**, también el lector muere y, con ello, el gabinete de ideas que fue su biblioteca también muere y se destaza; porque aunque suele gemelar el gusto por una colección en otra persona, quizá no vive en el radar de nuestro barrio, ni comparte vida en el mismo calendario.

Es el día 11 de diciembre. “La Colometa”, ojos claros, nerviosa le pregunta al librero:

“La Colometa”: ¿No está nervioso, jefe? Porque a mí me sudan hasta las zapatillas copo de leche que me acabo de comprar. Por cierto, ya descorché un par de botellas, para que no andemos a las prisas. He rebanado el queso, puestas las aceitunas. Espero que hagan su entrada puntual nuestros compañeros actores. He puesto cerca de la caja registradora nuestro primer libro apartado, el de Margarito Ledesma.

Librero: Gracias, has hecho un trabajo notable. No, no estoy nervioso, tengo la extraña sensación de tener casi veinte años en el negocio. Creo que alguien baja de ese auto. ¡Ah, claro!, es el señor del libro apartado.

Comprador Uno: (dirigiéndose al librero) ¿Sí me tiene el libro? Ando a las carreras. No me quedaré

al festejo. Le deseo lo mejor. (El librero va por el libro). ¿Cuánto le debo?

Librero.- Déjeme lo anoto, recuerde que esto es una misa en escena (nadie se da cuenta que un hombre joven con la mirada fija en el Comprador Uno se presenta sigiloso).

Hombre de negro: (Nervioso. En el umbral de la librería. Saca un arma. Apunta hacia el Comprador Uno que está de espaldas). ¡Tú, dame el reloj! ¡Muévete! ¡Todos ustedes (al librero y a “La Colometa”), al fondo!

Comprador Uno: (Como autómatas y obedeciendo) ¿Por qué te lo tengo que dar si es mío? (Un disparo). Está bien, tómalo.

Ángel: (Entra intempestivo empujando al ladrón. Impide la toma del botín. Forcejean. El arma cae sobre la mesa. Una botella de vino se derrama). Perdón, me he quedado dormido. El metro viene muy despacio. Espero que haya llegado a tiempo. Un ángel nunca descansa. Por una distracción ocurren las fatalidades. No se mate. La vida es sagrada.

Hombre de negro: (Titubea). ¡Pinche pajarraco! (El ladrón huye. El Comprador sale gritando. Voz en *off*). ¡Agárrenlo, con un carajo!

Antonieta Rivas Mercado: La gente, miren que andar corriendo por las calles y a los gritos. (Se dirige al librero). He llegado un poco antes para admirar tu librería. ¡Por Dios! (mira la pistola sobre la mesa donde están los canapés) las armas me recuerdan las mañanas en la catedral de Notre Dame. (Mira el vino derramado). La sangre es la rúbrica de la tragedia.

Librero: Nada. (Apurándose “La Colometa”, franela en mano). Un fulano impertinente que rompió una botella de tinto. Querida Antonieta, mientras llegan los invitados, te serviré una copa de Pinot Noir.

(Van entrando los invitados. Miran hacia cada rincón. Se van habituando al espacio. Toman con familiaridad los libros. Circulan las primeras copas. Un claxon suena con insistencia. Una combi vieja color huevo. Dos mujeres. El librero las reconoce. “Son las Agoreras” –se dice–. Le hacen señas, que se acerque. Un poco reticente se acerca a la ventanilla del copiloto.

Agorera Uno: Le trajimos unas sorpresas que van bien con su negocio.

Agorera Dos: Pensamos en estos días, nosotras ya vamos de salida. Usted debe saber, somos investigadoras jubiladas, del Instituto de Investigaciones Históricas. Es tiempo que soltemos lo que ha sido parte de nuestra pasión, y esto, pues, son los acervos de toda una vida. Le donamos nuestra biblioteca. Dígale a sus amigos que le ayuden a bajarlos. Y mire, este de Lozas de Puebla, viene firmado, no menos de tres mil pesos.

Va oscureciendo. En fila india, los amigos van entrando los libros al local. Luego el listón. Antonieta Rivas Mercado habla sobre París con el Ángel, y éste le menciona que la muerte nunca hace vereda. Las aceitunas. El entrechoque de las copas. “La Colometa” ya tiene sus chapas y le dice casi en susurro a la Agorera: –Yo soy un personaje de *La plaza del Diamante*–.

En el local también se encuentran dos libreros y un lector. Con tinto en mano:

Curiel: (Hombre de 75 años, ojos claros, reservado, con aire monacal). Conocí a este joven, Max, en mi librería porque me compraba libros baratos, y de vez en cuando hacía su sacrificio y se llevaba algunos materiales de mayor costo.

Lector.- Pues espero y siga el ejemplo de venderlos a precios módicos... Perdón, ¿dónde tiene su librería?

Antonio Villanueva: (Hombre bajo, moreno, de bigote cano, 80 años). Mire joven, el señor Curiel tiene su local en la calle de Coahuila, casi esquina con Tonalá, en la Roma. Se llama Librería Curiel. Es pequeña, pero siempre le caen buenos materiales. Aunque no me ha preguntado, tengo mi librería en la calle de Antonio Caso, casi con Insurgentes, ahí, frente al sindicato de electricistas. Me verá siempre en la banqueta porque los libros y las revistas me han ido echando hacia la calle. Nuestras librerías llevan, cada una, nuestro apellido.

Lector: ¡Ah!, muy bien, ya las visitaré. Perdón, voy por otra copa y de paso preguntaré el porqué del nombre de ésta.

Recuerdo esos primeros momentos, el entusiasmo de la gente por llevarse un libro aunque fuera sencillo. Me alejo discreto, mientras los lectores dialogan sobre lo que han leído. Para muchos de ellos, es la primera vez que se encuentran. Camino lentamente, 18 años después, y llego a este presente y concluyo: en las últimas hojas del siglo veinte, cuando las campanas doblaban su réquiem al libro de papel, un gremio de locos, los lectores, encendían una leve antorcha para decir que aún seguían en la línea, atrincherados en el párrafo.